

UN POETA VASCO, RENTERIANO, OLVIDADO



Uranga'tar Jon Iñaki
Euskaltzale iaioa

JOSEBA M. GOÑI

Los responsables que año tras año elaboran nuestra revista OARSO están plenamente identificados con la idea de que una de las principales finalidades de esta cita anual debe consistir en arrancar del olvido acontecimientos o personalidades de alguna significación para la historia de nuestro pueblo para así contribuir a fijar mejor la memoria y el patrimonio del pasado. Con esta intención, he aquí un poeta vasco, supongo que casi desconocido para muchos, el renteriano Juan Ignacio Uranga (1863-1934). Humilde vate de los momentos incipientes del renacimiento literario de fines del siglo XIX, que supo compaginar su modesto oficio de peluquero, en la calle San Jerónimo de la parte vieja donostiarra, con una presencia casi permanente en la revista Euskal-Erria, siendo uno de sus colaboradores más asiduos hasta su desaparición; además de puntual cronista en verso y prosa de efemérides de toda clase, así como ganador indefectible de concursos poéticos en las conocidas Fiestas Euzkaras, etc...

No me corresponde intentar siquiera el trazar un perfil humano y literario del personaje. La coincidencia de ocupa-

ciones recientes en la búsqueda y recogida del material periodístico de Aitzol me han brindado la oportunidad de conocer este artículo necrológico suyo dedicado al poeta renteriano Uranga. Quien quiera más información recurra al Diccionario de Ion Bilbao donde encontrará el título de tantas poesías suyas entre las que no faltan algunas dedicadas al propio Rentería y a figuras populares de nuestro pueblo (los pelotaris Elizegi, Sanperio, etc...) señal de que su pronto alejamiento del pueblo que le vio nacer —por lo visto a los 15 años— no significó lejanía de sus gozos y triunfos.

Aitzol en su artículo manifiesta el deseo de recopilar la producción de Uranga y hasta confiesa haberla iniciado. Nada sabemos que la empresa se llevara a buen término y fácil es suponer que la guerra se llevaría tales deseos. ¿No habrá hoy día algún joven **euskeltzale** renteriano que estudiando con dignidad y espíritu crítico la obra poética de Uranga le otorgue el puesto que a su dedicación y afán por el euskera le cupiera merecer en la literatura vasca?

UN RENACENTISTA DE PRIMERA HORA (Juan Ignacio de Uranga)

por AITZOL (1)

Uno más que acaba de caer en la senda dolorosa del renacimiento del euzkera. Uno más, sin que de él se haya hecho un triste y agradecido recuerdo. El País Vasco estaba obligado a honrar su memoria y, sin embargo, el filo helador del silencio y de la indiferencia han rodeado su tumba.

No fue político, pero sí patriota. Pero hoy se reserva poco para los renacentistas. La adhesión del pueblo y los vítores de la masa son para los que dirigen su vibrante palabra al pueblo y lo enardecen. Para los que día por día, modesta y ocultamente, trabajan por remendar el viejo edificio del euzkera, que amenaza derrumbarse con estrépito bien pronto, para esos hay poco.

Juan Ignacio de Uranga era renacentista euzkeldun, y era más todavía; era el mismo simbolismo del renacimiento vasco. Viejo, encorvado, arrastrando penosamente sus pies, blanca su cabeza, lánguida y triste su mirada, pudimos un domingo y otro, verle asistir al concurso de cuadros dramáticos euzkéricos que al comienzo de este año se organizó en Donostia por la Sociedad Euskeltzaleak para preparar la jornada del primer Día del Teatro Euskeldun. Era Uranga miembro del Jurado como representante de aquellos primeros iniciadores del teatro vasco donostiarra del *Euskaldun Fedea*, del siglo pasado.

Un domingo faltó en su puesto. Estaba ya enfermo. Muy pocos días después moría, el 24 de abril de 1934. Anciano y enfermizo, moría en la brecha. En las filas del renacimiento euzkeldun, por cuya prosperidad trabajó toda su vida.

Uranga, que joven mozo era en sus poesías optimista, alegre y sonoro, y en sus comedias y sainetes jovial, ligero y burlesco, al final de su carrera, cuando en los días lluviosos conversábamos con él a la puerta de su *Bizartegia*, *Ile-apainkera* de la popular calle de San Jerónimo, sólo oíamos de sus labios trémulos tristes lamentaciones, confirmadas por aquella mirada dulce y melancólica, que expresaba el amargo presentimiento del fracaso de su ideal, al cual consagraba toda su vida.

Euzkera badijoakigu, Aitzol. ¡Alperrik zabiltzale!, nos añadía a modo de fatídico estribillo, enarcando sus cejas pobladísimas de blancas cerdas.

Y quien tan desconsoladamente se lamentaba, no era, ciertamente el impasible que había asistido al desmoronamiento del euzkera. Era el luchador tenaz, el invencible optimista de otros tiempos, el poeta, el comediógrafo, el periodista, el actor euzkeldun, el animador y juez de las contiendas, de los *bertsolaris*, el conversador euzkeldun, empedernido, siempre y constantemente, en hablar su lengua. No era un derrotista quien hablaba. Era un viejo luchador que, falto de fuerzas y asmático, con su sonora voz de barítono, iba lentamente dando testimonio de los fracasos reiterados, constantes, pertinaces e ininterrumpidos del euzkera.

Hace ya medio siglo que Uranga se había destacado como poeta. En las *Fiestas Euzkaras* de 1887, habían premiado con el máximo galardón su *Urtearen lau erak*, tema que después nuestro llorado *Lizardi* había de consagrarlo para siempre en euzkera; en las de 1890, dos de sus composiciones, *Mandataria* y *Nekazari-lanak*, fueron igualmente premiadas;

como lo había de ser en 1899 su poesía *Enadaen elkartasun maitiya*, y varias otras en los certámenes posteriormente celebrados en aquellas *Fiestas Euzkaras*, organizadas por la Diputación de Gipuzkoa durante tantos años.

Era inclinado el poeta Uranga a la versificación sonora y rotunda, a la amplificación de imágenes y prodigalidad de fantasía. Y aunque su inspiración, como la de todos aquellos que por aquel entonces (1881-1905) concurrían a los mencionados certámenes, no fuera de tan elevada categoría que mereciera el elogio ni el renombre de los grandes poetas, sin embargo, era fecunda y no exenta de discreto y muy aceptable caudal poético. Creo sinceramente que a Juan Ignacio de Uranga puede aplicársele con toda justicia el calificativo de poeta.

Hemos conseguido reunir casi toda la producción poética del vate renteriatarra, y algún día, cuando las circunstancias y posibilidades de las entidades renacentistas lo aconsejaren, verán la luz, en un tomito, las poesías de Juan Ignacio de Uranga. Quede, por lo tanto, para entonces el estudio crítico de la obra poética del mismo.

Era Uranga, además, comediógrafo. En las *Fiestas Euzkaras* de Arrasate, celebradas en 1906, se premió y representó la primera comedia escrita por él. Volvió a ser representada poco después en el Teatro Principal de Donostia. A esta producción escénica siguieron *Azken beltza* y *Galartzini*, las tres pertenecientes al género satírico y burlesco, en las que rebulle el carácter jovial y alegre del autor, pero sin que ni una sola vez salgan malparados los tipos genuinos de la raza. Pertenecen al género serio y grave *Maitasuna det gai* y *Erauso*, en la que es protagonista la famosa *Monja Alférez*.

Téngase en cuenta, para juzgar el mérito teatral de Uranga, la época en que escribiera sus obras y la carencia de medios técnicos en que el teatro euzkeldun se desarrollaba entonces.

Finalmente, era el cronista euzkérico de cuantos actos renacentistas vascos tenían lugar en Donostia. Las actuaciones del Orfeón Donostiarra, las representaciones euzkéricas, las contiendas de *bertsolaris*, se recomendaban a la pluma, rezumante de alegría del jovial Uranga.

Era diestro, agudo y vivaracho en las contiendas de *bertsolaris*. Estos temblaban cuando en la presidencia, como jurado, veían a Uranga. Este acostumbraba llevar preparados los temas, difíciles casi siempre, que imponía como materia de la improvisación; él mismo iniciaba, y a veces contendía con los *koplakaris*, indicándoles la melodía, el metro y la consonantación de los versos, a los cuales habían de sujetarse fielmente los improvisadores.

Nunca ha de borrarse de nuestra memoria la contienda de *koplakaris* que, organizada por Euskeltzaleak en honor de don Toribio de Alzaga, tuvo lugar el día de Santo Tomás del año 1931. Intervinieron ocho *bertsolaris* y fue el mantenedor y entrenador Uranga, quien con voz trémula, pero seguro en el verso y decidido en la intención, encauzaba la contienda admirablemente.

Repleto de méritos bajó a la tumba el viejo luchador.

(1) José de Anstumuño, sacerdote y periodista; artículo publicado en Euzkadi, 29 de diciembre de 1934.